

El oculista de A*** (Astorga)

La última vez que escuché un cuento de Antonio Pereira en su propia voz hace más de cuatro años en su casa madrileña, cuando preparaba *Las ciudades de Poniente*, libro que después obtuvo el Premio Torrente Ballester de 1994. Se titulaba "El apartamento" y era un breve relato con obispo, una de esas recurrencias estilísticas tan queridas de Antonio. Pero recuerdo sobre todo otra lectura más lejana y divertida, una tarde de viernes en la Casa de León de Madrid, con el salón lleno a reborar. La gente seguía con regocijo y a carcajada el cuento "Palabras, palabras para una rusa" que ahora acaba de recuperar en su última obra.

La gracia del relato y el gracejo que Pereira imprime a una lectura es un acto de verdadera creación y de recreación inolvidable. He de decir, en consecuencia, que cuando leo a solas uno de sus cuentos puedo sentir que él interiormente, con su entonación interpretativa, me lo cuenta. Esto me acaba de pasar con su libro más reciente. Me lo ha contado. Como hay tantos rasgos de su decir en su hermosa y ocurrente prosa, eso salgo ganando.



Acogido al chaceliano título de la colección "Barrio de Maravillas", la Consejería de Cultura de la Junta de Castilla y León ha publicado un nuevo libro de cuentos de Antonio Pereira, llamados por esta vez *Relatos sin fronteras*. Y digo por esta vez, porque una buena parte de esta entrega ha visto antes la luz bajo otro título. Por ejemplo en las páginas de *Historias veniales de amor* o en *El síndrome de Estocolmo*.

Hay, pues, en *Relatos sin fronteras* historias ya conocidas, hace tiempo contadas y fuera de catálogo, que vienen en socorro de lectores novicios. Pereira las ha reeditado, las ha subido otra vez al catálogo y se ha tomado en algún caso la libertad de revisar su garbo creativo. Una nueva y golosa vía de análisis para los estudiosos de variantes, académicamente atentos a su obra, como Carmen Busmayor. Pero hay también y sobre todo historias hasta hoy inéditas

Una de ellas, a la que Pereira puso el punto final poco antes de escribir su confesión preliminar se titula "El oculista" y es un cuento sin fronteras, venialmente erótico y diocesano, que transcurre en "la ciudad de A****", un lugar enigmático que se va delimitando poco a poco en los guiños del narrador. Hasta que por fin se aclara:

"dejémonos de subterfugios, estamos hablando de Astorga".

Con estas palabras concluye. Creo, incluso, que una de las incógnitas que funcionan en el relato, además de la historia y el personaje, es esta carta que se guarda hasta el final, la Astorga sugerida, abocetada, anticipada en sus perfiles como una adiviniza. Se trata de una pequeña ciudad de quince mil almas, en la que vive un oculista cuya familia "tuvo industrias, de mantas o de chocolates". Una ciudad con obispo, Caja de Recluta, Hotel Moderno, gente que se apellida Fidalgo, un sanatorio que parece "una especie de hotel de dimensiones razonables, como para canónigos estables o viajeros de buenas firmas", y sol de tarde sobre las torres de la catedral.

Sobre todo este entrañable rastreo ciudadano se aposenta una historia clínica de alto relieve y "sin fronteras" que, por supuesto, no voy a desvelar, porque para eso, para que sea leída en su propia salsa la ha escrito ese espléndido embaucador y cuentista que se llama Antonio Pereira.

José Antonio CARRO CELADA